TUCÍDIDES

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

LIBROS I-II

INTRODUCCIÓN GENERAL, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN JOSÉ TORRES ESBARRANCH

BIBLIOTECA BÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA BÁSICA GREDOS

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2000

Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como su distribución mediante alquiler o préstamo público sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

Diseño: Brugalla

ISBN 84-249-2476-2. Obra completa.
ISBN 84-249-2477-0. Tomo I.
Depósito Legal: B-12664-2001

Impresión y encuadernación:
CAYFOSA-QUEBECOR, Industria Gráfica
Santa Perpètua de la Mogoda (Barcelona).

Impreso en España – Printed in Spain.

INTRODUCCIÓN GENERAL

propia conveniencia. Los atenienses, en cambio, con el tiempo se habían apropiado de las naves de las ciudades aliadas, salvo de las de Quíos y Lesbos[138], y habían impuesto a todas el pago de un tributo[139]. Y los recursos militares que ellos tenían separadamente al comienzo de esta guerra eran mayores que los de la época de mayor esplendor con la fuerza de la alianza intacta.

20 Así fueron, pues, según mi investigación, los tiempos antiguos, materia complicada por la dificultad de dar crédito a todos los indicios tal como se presentan, pues los hombres reciben unos de otros las tradiciones del pasado sin comprobarlas, aunque se trate de las de su propio
2 país. La mayoría de los atenienses, por ejemplo, cree que Hiparco era el tirano[140] cuando fue asesinado por Har-

La investigación de Tucídides. El método histórico

[138] Quíos y Lesbos conservaban una situación de cierto privilegio dentro de la Liga (cf. *infra,* III 3, 1; VI 85, 2; VII 57, 4-5); eran autónomas por cuanto poseían una marina propia y contribuían con sus recursos militares en lugar de pagar un tributo. En otros aspectos, como el jurídico, estaban subordinadas a Atenas, hecho que explica el valor originario del término *autónomo:* «el que posee su propia parte», sin referencia al aspecto jurídico, es decir, relacionado con *némō* «distribuir», no con *nómos,* «ley». Cf. E. J. BICKERMAN, «Autonomia. Sur un passage de Thucydide (I 144, 2)», *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité* 5 (1958), 313-344.

[139] Cf. *infra,* I 96, n. 530.

[140] En este asunto Tucídides está de acuerdo con HERÓDOTO (V 55, 62 ss.; VI 123; cf., asimismo, ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses* 18, 1; 19, 1), contrariamente a la opinión del escoliasta que ve una acusación a Heródoto. En realidad, la crítica de Tucídides sale al paso de un error que circulaba por Atenas, error que contaba con el apoyo de altas esferas y que había sido acogido por Helánico (cf. F. JACOBY, *Atthis. The Local Chronicles of Ancient Athens,* Oxford, 1949, págs. 158-159; sobre Helánico, cf. *supra,* n. 58). Se creía que Hiparco era el

modio y Aristogitón[141], y no saben que era Hipias, por ser el mayor de los hijos de Pisístrato, quien gobernaba, y que Hiparco y Tésalo eran sus hermanos, y que, al sospechar Harmodio y Aristogitón, en el día fijado y en el último momento, que algo había sido revelado a Hipias por sus propios cómplices, se apartaron de él creyéndolo advertido; pero, queriendo, antes de ser apresados, arriesgarse en la realización de alguna hazaña, encontraron a Hiparco junto al llamado Leocorio[142] mientras organiza-

hijo mayor de Pisístrato y, como tal, su sucesor, cuando en realidad lo era Hipias. El error se encuentra en otros textos (cf. D. L. PAGE, *Poetae Melici Graeci,* Oxford, 1962, fr. 893, 895-896; PLATÓN, *Hiparco* 228b, y *Marmor Parium* A 45). Según este error, Harmodio y Aristogitón, al matar a Hiparco (en el 514 a. C.), habrían liberado a Atenas de la tiranía, lo que no era cierto puesto que Hipias siguió en su puesto (hasta el 510 a. C.). Esta exaltación de Harmodio y Aristogitón, sin duda, era fomentada por los adversarios de los Alcmeónidas, cuyos partidarios afirmaban que eran éstos los verdaderos liberadores de Atenas con su intervención en el derrocamiento de la tiranía (cf. A. J. PODLECKI, «The political signifiance of the Tyrannicide-cult», *Historia* 15 (1966), 129 ss., y C. W. FORNARA, «The cult of Harmodius and Aristogeiton», *Philologus* 114 (1970), 155 ss. Cf. el análisis del pasaje en K. VON FRITZ, *Die griechische Geschichtsschreibung,* Berlín, 1967, Anmerkungen, págs. 269-273, n. 51).

[141] Harmodio y Aristogitón pertenecían a los Gefireos, clan establecido en el norte del Ática y procedente, al parecer, de Eubea (cf. K. J. DAVIES, *Athenian Propertied Families 600-300 B. C.,* Oxford, 1972, págs. 472-479).

[142] Templo en honor de las hijas del héroe ático Leo, sacrificadas para devolver la abundancia a Atenas. Su ubicación es problemática. Estaba en la zona del Cerámico o, concretamente, en el extremo noroeste del Ágora. Cf. J. TRAVLOS, *Pictorial Dictionary of Ancient Athens,* Nueva York, 1971, 3, 5, 578; R. E. WYCHERLEY, *The Stones of Athens,* Princeton, N. J., 1978, págs. 63, 98. Sobre el Leocorio, cf., asimismo, DEMÓSTENES, 54, 7-8.

3 ba la procesión de las Panateneas[143] y lo mataron[144]. Hay muchos otros hechos, incluso contemporáneos y no olvidados por el tiempo, sobre los cuales los demás griegos tienen ideas inexactas, como la creencia de que los reyes de los lacedemonios dan, cada uno, no un solo voto sino dos, y la de que tienen una *compañía de Pitana,* la cual no ha existido jamás[145]. ¡Tan poco importa a la mayoría

[143] Las Panateneas eran una fiesta anual en honor de Atenea que se celebraban con especial solemnidad cada cuatro años (las Grandes Panateneas). Éstas tenían lugar en el tercer año de las Olimpíadas, durante el mes de hecatombeón (julio-agosto). La culminación de las fiestas era la procesión que partía del Cerámico y se dirigía a la Acrópolis a través del Ágora. Se llevaba a Atenea un peplo nuevo que nueve meses antes de la fiesta habían comenzado a tejer las doncellas seleccionadas por el arconte rey. El cortejo fue perpetuado por Fidias en el célebre friso del Partenón.

[144] Tucídides se referirá de nuevo a este episodio en VI 53, 3-59, 4.

[145] Estos dos errores se encuentran en Heródoto, aunque la alusión de Tucídides es más general. En HERÓDOTO, VI 57, 5 se entiende que los reyes espartanos disponen de dos votos cada uno; afirma que, si ellos no asisten a las sesiones del Consejo de Ancianos, los miembros de este consejo más estrechamente emparentados con ellos disponen de dos votos además de un tercero a título personal (cf. A. W. GOMME, *op. cit.* I, págs. 137-38). En IX 53, 2, HERÓDOTO se refiere a la presencia de la compañía de Pitana en la batalla de Platea. Pitana era una de las aldeas *(ōbaí)* que formaron Esparta (cf. *supra,* I 10, 2, n. 72), y seguramente las divisiones del ejército no estaban basadas en ellas (sobre la organización del ejército espartano, cf. *infra,* V 67, 1). Para un análisis sobre diversos puntos y aspectos de la crítica de Heródoto efectuada por Tucídides, cf. S. CAGNAZZI, «Tre note tucididee», *Studi Italiani di Filologia Classica* 49 (1977), 197-208, que se refiere, asimismo, a los pasajes en que Heródoto parece servir de fuente a Tucídides. Herodiano, historiador influenciado por Tucídides (cf. HERODIANO, *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio,* trad., introd. y notas por J. J. TORRES ESBARRANCH, Madrid, B.C.G. 80, 1985, págs. 12, 32-33, 51, 60, 118 n. 95, etc.), cuenta que Caracalla creó una «cohorte

la búsqueda de la verdad y cuánto más se inclinan por lo primero que encuentran!

Sin embargo, no se equivocará quien, de acuerdo con 21
los indicios expuestos, crea que los hechos a los que me he referido fueron poco más o menos como he dicho y no dé más fe a lo que sobre estos hechos, embelleciéndolos para engrandecerlos, han cantado los poetas, ni a lo que los logógrafos[146] han compuesto, más atentos a cautivar a su auditorio[147] que a la verdad, pues son hechos sin pruebas y, en su mayor parte, debido al paso del tiempo, increíbles e inmersos en el mito[148]. Que piense que los resultados de mi investigación obedecen a los in-

laconia de Pitana». Parece que el Emperador seguía más a Heródoto (cf. HERODIANO, *op. cit.* IV 8, 3, pág. 226, n. 331).

[146] Los prosistas, por oposición a los poetas; se refiere sobre todo a Heródoto y a otros historiadores y cronistas anteriores y contemporáneos. El término *logográphos,* que originariamente sólo significaría «escritor de obras en prosa», adquirió un valor negativo de «narrador de historias poco fiables« (cf. ARISTÓTELES, *Retórica* II 11, 7 [1388b]; POLIBIO, VII 7, 1-8), y más tarde se utilizó también para denominar a los que escribían discursos por encargo. En el caso de Tucídides, a pesar de ser él mismo un «escritor de obras en prosa», es claro que se sitúa frente a los logógrafos, con indudable propósito de hacer una historia nueva (cf. *supra,* n. 5), con lo que el término ya parece tener una cierta connotación negativa relativa al modo de hacer la historia, aunque algunos comentaristas como GOMME (cf. *op. cit.,* pág. 139) no lo juzgan necesario, considerando que el matiz negativo no está en el término mismo sino en todo caso en el contexto.

[147] En las lecturas públicas que hacían los logógrafos y los poetas. El mismo Heródoto presentó su obra en estas lecturas, que exigían una obra más agradable y atractiva que rigurosa y profunda. Con Tucídides se pasa de una historiografía de tono básicamente oral a otra marcada por el carácter escrito de la transmisión. Sobre el tránsito de Heródoto a Tucídides, cf. D. PLÁCIDO, «De Heródoto a Tucídides», *Gerión* 4 (1986), 17-46.

[148] Cf. *infra,* I 22, 4.

dicios más evidentes y resultan bastante satisfactorios para
2 tratarse de hechos antiguos. Y esta guerra de ahora, aunque los hombres siempre suelen creer que aquella en la que se encuentran ellos combatiendo es la mayor y, una vez acabada, admiran más las antiguas, esta guerra, sin embargo, demostrará a quien la estudie atendiendo exclusivamente a los hechos que ha sido más importante que las precedentes [149].

22 En cuanto a los discursos [150] que pronunciaron los de cada bando, bien cuando iban a entrar en guerra bien cuando ya estaban en ella, era difícil recordar la literalidad misma de las palabras pronunciadas, tanto para mí mismo en los casos en los que los había escuchado como para mis comunicantes a partir de otras fuentes. Tal como

149 Cf. *supra*, I 1.

150 La *Historia* de Tucídides está compuesta de discursos *(lógoi)* y hechos *(érga)*. Por un lado el relato exacto de los acontecimientos, ordenados cronológicamente según su principio de la estación del buen tiempo y la del mal tiempo de cada año. Estos hechos son presentados de una forma objetiva, con escasos comentarios por parte del historiador (aunque se trata de una objetividad sometida a discusión: piénsese, por ejemplo, en la *persuasión subliminal* de la que habla W. P. WALLACE *(Phoenix* 18 (1964), 251), o en la tesis relativa al desacuerdo entre la verdad de Tucídides y la realidad histórica de D. KAGAN, *The oubreak of the Peloponnesian war*, Ithaca - Londres, 1969, especialmente págs. 345-374), o en su visión de Cleón (cf. A. G. WOODHEAD, «Thucydides' portrait of Cleon», *Mnemosyne* s. 4. 13 (1960), 289-317), o en la habilidad tucidídea para la relación y repetición de palabras y motivos o *topoi*, que serían una guía para el lector, en sus paralelismos de esquemas, situaciones y personajes (cf. V. HUNTER, *Thucydides the artful reporter*, Toronto, 1973; «The composition of Thucydides' History: a new answer to the problem», *Historia* 26 (1977), 269-294); la precisión y el amor a la verdad de Tucídides han sido, sin embargo, tradicionalmente reconocidas, a pesar de las humanas limitaciones). Para dar a entender los móviles de los hechos están los discursos.

me parecía que cada orador habría hablado, con las palabras más adecuadas a las circunstancias de cada momento, ciñiéndome lo más posible a la idea global de las palabras verdaderamente pronunciadas, en este sentido están redactados los discursos de mi obra. Y en cuanto a los hechos 2
acaecidos en el curso de la guerra, he considerado que no era conveniente relatarlos a partir de la primera información que caía en mis manos, ni como a mí me parecía, sino escribiendo sobre aquellos que yo mismo he presenciado [151] o que, cuando otros me han informado, he investigado caso por caso, con toda la exactitud posible [152].

151 Ahí radica un aspecto importantísimo de la originalidad de Tucídides respecto a Heródoto y a sus predecesores. Tucídides hará historia rigurosamente contemporánea.

152 En el relato de los acontecimientos, la precisión es primordial; no cabe el parecer o la interpretación, como era posible en los discursos, en los que el historiador atendía a la idea general de las palabras verdaderamente pronunciadas. El afán de exactitud, al que se refiere en este pasaje en el que se trasluce su deseo de oponerse a los logógrafos y a Heródoto, es constante en la exposición de los hechos. Tucídides observa los hechos y deja que éstos hablen por sí mismos y si merece el nombre de historiador es porque parte de los hechos que ha investigado personalmente con rigor y porque las ideas generales que pone ante nosotros proceden de los hechos (cf. H. D. F. KITTO, *Poiesis. Structure and Thought*, Berkeley-Los Ángeles, 1966, págs. 285 ss.). Hay, no obstante, junto a la exactitud y a la eficacia expositiva, la elección de la materia, que depende, lógicamente, de la concepción del historiador. «Tucídides —decía Hobbes, que se sirvió de nuestro historiador en su apología de la monarquía inglesa— construye sus narraciones sobre la base de una elección determinada de la materia, las expone según un preciso juicio y se expresa de una manera tan perspicua y eficaz que, como dice Plutarco, convierte a quien lo escucha en un espectador» (TH. HOBBES, ed. W. MOLESWORTH, *The English Works* VIII, Londres, 11 vols., 1839-45 (reed. fot. Aalen, 1961), pág. VIII). En la *Historia* de Tucídides, en suma, la objetividad está unida paradójicamente a la intervención del

3 La investigación ha sido laboriosa porque los testigos no
han dado las mismas versiones de los mismos hechos, sino
según las simpatías por unos o por otros o según la me-
4 moria de cada uno. Tal vez la falta del elemento mítico [153]
en la narración de estos hechos restará encanto a mi obra
ante un auditorio, pero si cuantos quieren tener un cono-
cimiento exacto de los hechos del pasado y de los que en
el futuro serán iguales o semejantes [154], de acuerdo con

autor. Lo expresó certeramente J. DE ROMILLY *(Histoire et raison chez Thucydide,* París, 1956, págs. 12-13).

153 Cf. *supra,* 21, 1. El elemento mítico o fabuloso era frecuente en otros historiadores como Heródoto.

154 Hallamos aquí la idea de la repetición o paralelismo de los procesos históricos, la concepción cíclica de la historia que explica la aspiración de Tucídides de que su *Historia* sea una enseñanza útil para el futuro, una adquisición para siempre. Pensemos, a este respecto, en las palabras de A. J. TOYNBEE: «La guerra de 1914 me encontró explicando a Tucídides a los estudiantes de Balliol que se preparaban para seguir las *Litterae Humaniores;* y en ese momento mi entendimiento se iluminó de súbito. La experiencia por que estábamos pasando en nuestro mundo actual ya había sido vivida por Tucídides en el suyo. Ahora, en una nueva lectura, lo comprendía en otra forma, percibía el verdadero significado de sus palabras, los sentimientos latentes en sus frases, que sólo ahora me conmovían, al hallarme a mi vez en esa crisis histórica que le indujo a escribir su obra. Tucídides, tal se veía, había pisado antes ese mismo terreno. Él y la generación a que pertenecía habían estado antes que yo, antes que mi propia generación, en el estadio de la experiencia histórica al que, respectivamente, habíamos arribado; en realidad su presente había sido mi futuro. Pero esto convertía en absurda la notación cronológica que calificaba a mi mundo como «moderno» y como «antiguo» al de Tucídides. Pese a lo que pudiera sostener la cronología, el mundo de Tucídides y el mío propio acababan de probar que eran filosóficamente contemporáneos» (cf. J. A. TOYNBEE, *Civilization on trial = La civilización puesta a prueba* [trad. M. C.], Buenos Aires, 1949, pág. 15). La Guerra del Peloponeso ha sido llamada la «primera guerra europea o mundial de Occidente» y muchos autores han insistido ciertamente en esta contemporaneidad de Tucídides, sobre todo a raíz

las leyes de la naturaleza humana [155], si éstos la consideran útil, será suficiente. En resumen, mi obra ha sido
compuesta como una adquisición para siempre más que

de las dos guerras europeas y de la llamada «guerra fría» entre los dos bloques encabezados por los Estados Unidos y la Unión Soviética, y han pensado en la similitud general de dichos enfrentamientos y en paralelismos concretos como el del sometimiento de Melos por los atenienses y las intervenciones de las grandes potencias contemporáneas en Hungría y Vietnam (cf. J. BERENGUER AMENÓS, «Atenas, una democracia imperialista: Melos, 416 a. C. Hungría 1956 - Vietnam 1966», *Destino* 1503, 28 de mayo de 1966, 40-41). Entre las muchas publicaciones en este sentido, merece la pena citar algunas: A. THIBAUDET, *La campagne avec Thucydide,* Ginebra, 1922; W. DEONNA, «L'éternel présent», *Revue des Études Grecques* 35 (1922), 1 ss.; L. E. LORD, *Thucydides and the World War,* Cambridge Mass., 1945; A. G. WOODHEAD, *Thucydides on the nature of Power,* Cambridge Mass., 1970. Por otra parte, esta correspondencia entre pasado y futuro ya habría sido puesta de relieve por el mismo Tucídides en la estructura de su *Historia,* según la tesis defendida por Hunter R. Rawlings III, en el sentido de que Tucídides habría pretendido dividir la Guerra del Peloponeso en dos conflictos paralelos de diez años, de forma que ciertas partes de la primera mitad (libros I-IV) encontrarían sus paralelos o correspondencias en la segunda mitad (libros V-VIII). Cf. H. R. RAWLINGS III, *The Structure of Thucydides History,* Princeton, N. J., 1981. En cuanto a los paralelismos, cf., asimismo, los trabajos de Virginia Hunter con sus correspondencias entre la guerra arquidámica y la campaña de Sicilia.

155 Se ha situado a Tucídides al principio de una corriente de pensadores realistas con una idea del poder como móvil básico de la naturaleza humana, idea de la fuerza en la que se fundamentan sus concepciones sobre el comportamiento del hombre y de los Estados. En esta corriente se hallan pensadores como Maquiavelo, Hobbes y Nietzsche, respecto a los cuales se han señalado con frecuencia coincidencias con Tucídides. Decía, por ejemplo, Maquiavelo: «*Perché gli uomini in sostanza sono sempre gli stessi ed hanno le medessime passioni: cosi quando le circunstanze sono identiche, le medessime ragioni portano i medessimi efetti, e quindi gli stessi fatti debbono suggerire le stesse regole di condotta*» (palabras citadas por P. SHOREY, «On the implicit Ethics and Psychology of Thucydides», *Transactions of the American Philological So-*

como una pieza de concurso para escuchar un momento[156].

23 *La magnitud de la Guerra del Peloponeso. Sus causas*

De los hechos anteriores el más importante[157] fue la guerra contra los medos, a pesar de que ésta se decidió rápidamente en dos batallas navales y dos terrestres[158]. La duración de esta guerra nuestra, por el contrario, ha ido

ciety 24 (1983), n. 51). Y sobre cómo profundiza Tucídides en la naturaleza humana, cuyo conocimiento le lleva a creer en la similitud de los procesos históricos, ha dicho P. Shorey: «ha estudiado la naturaleza humana a la luz reveladora de la guerra, la peste y la revolución, y, por más arropadas que estén las figuras que halla en su vida cotidiana, su penetrante imaginación descubre al hombre desnudo que se oculta en el fondo» (art. cit., 66, y trad. de J. ALSINA, *op. cit.*, pág. 278).

156 Es una «adquisición para siempre», «una posesión para la eternidad», *(ktêma es aieí)*, no una «pieza de concurso» *(agōnisma)* para deleite momentáneo. Alusión a los concursos en los que Heródoto había leído su obra. Este deseo de permanencia se refleja en el estilo: «Tanto Tucídides como Tácito —decía Nietzsche— han pensado, al confeccionar sus obras, en la inmortalidad: si no lo supiésemos por otros medios lo adivinaríamos por su estilo. El uno creía dar dureza a sus ideas reduciéndolas por ebullición, y el otro, poniendo sal en ellas; y ninguno de los dos, según parece, se equivocó» (cf. F. NIETZSCHE, *El viajero y su sombra*, Barcelona [s. a.], págs. 94-95 n. 144). Hobbes, cuya primera publicación fue la *Peloponnesian Warre*, la traducción de la *Historia* de Tucídides, consideraba a nuestro historiador el punto culminante de la Antigüedad en cuanto a la narración de la verdad que debía ser puesta delante de los hombres como testimonio permanente para el futuro, como «posesión para la eternidad» (cf. TH. HOBBES, *op. cit.* VIII, pág. XXI).

157 La magnitud o importancia de los acontecimientos era para Tucídides una categoría fundamental del conocimiento histórico. Cf. *supra*, I 1, 2; n. 11.

158 La «guerra contra los medos»: *tò Mēdikón*. Tucídides se refiere probablemente, tal como anotaba el escoliasta, a Artemisio y Salamina

mucho más allá, y ha ocurrido que en su transcurso se han producido en Grecia desastres sin parangón en un período igual. Nunca tantas ciudades fueron tomadas y aso- 2
ladas, unas por los bárbaros[159] y otras por los mismos griegos[160] luchando unos contra otros (algunas hay incluso que cambiaron de habitantes al ser conquistadas)[161]; nunca tampoco había habido tantos destierros y tanta mortandad, bien en la misma guerra bien a causa de las luchas civiles. E historias que antes refería la tradición, pero 3
que raramente encontraban una confirmación en la realidad, dejaron de resultar inverosímiles: historias acerca de terremotos[162], que afectaron a la vez a extensas regiones y que fueron muy violentos; eclipses de sol[163], que ocu-

(480 a. C.) y a las Termópilas (480 a. C.) y Platea (479 a. C.). Piensa que el enfrentamiento contra los persas en la Segunda Guerra Médica se decidió en Europa y por ello no alude a la batalla de Mícale (a fines del otoño del 479 a. C.), cuyo escenario ya fue el Asia Menor. Esta «guerra contra los medos» se refiere sólo a la expedición de Jerjes. Cf. *infra*, I 90, 1; 97, 1; HERÓDOTO, VII 61-100.

159 Tal fue el caso de Colofón (cf. *infra*, III 34) y de Micaleso (cf. *infra*, VII 29-30).

160 Como lo fueron, por ejemplo, Platea (cf. *infra*, III 68, 3) y Tirea (cf. *infra*, IV 57).

161 Como Solio (cf. *infra*, II 30), Potidea (cf. *infra*, II 70), Anactorio (cf. *infra*, IV 49), Escione (cf. *infra*, V 32, 1) y Melos (cf. *infra*, V 114-116).

162 Cf. *infra*, II 8; III 87, 4; 89, 1-5; IV 52, 1; V 45, 4 y 50, 5; VIII 6, 5; 41, 2. En las creencias populares había una conexión entre la guerra y estas catástrofes naturales que agravaban los efectos de aquélla.

163 La *Historia* de Tucídides hace mención de dos: el del 3 de agosto del 431 a. C. (cf. II 28) y el del 21 de marzo del 424 (cf. IV 52, 1). Ha llamado la atención que Tucídides no mencionara aquí los eclipses de luna, uno de los cuales —el del 413 descrito en VII 50, 4— fue importante para las tropas atenienses en Sicilia.

rrieron con mayor frecuencia de lo que se recordaba en tiempos pasados; y grandes sequías en algunas tierras y hambres como secuela, y, en fin, la calamidad que no menos daños causó y que destruyó a una parte de la población, la peste [164]. Todos estos males cayeron sobre Gre-
4 cia junto con esta guerra. La comenzaron los atenienses y los peloponesios al romper el tratado de paz de treinta años que habían concertado después de la conquista de
5 Eubea [165]. Para explicar por qué rompieron he expuesto en primer lugar las razones de esta ruptura y las diferencias que la ocasionaron, a fin de que nunca nadie se pregunte por qué se produjo entre los griegos una guerra tan
6 importante [166]. La causa más verdadera [167], aunque la que

[164] La peste que afectó principalmente a Atenas. Cf. *infra,* II 47-54, y III 87.

[165] La revuelta de Eubea tuvo lugar en el 446 a. C.; fue inmediatamente sofocada por los atenienses, que en el invierno del 446-445 concluyeron un tratado de paz con Esparta, tratado al que se alude con frecuencia a lo largo del libro I (cf. *infra,* I 35, 1; 36, 1; 40, 2; etc.). Sobre la conclusión de este tratado *(spondaí),* cf. *infra,* I 115, 1.

[166] Nótese el mismo espíritu que inspira la descripción médica de la peste en II 48, 3.

[167] Tucídides distingue aquí entre «la causa más verdadera» *(tēn mén alēthestátēn próphasin),* es decir, la causa profunda, y «las razones declaradas» *(hai d'es tò phaneròn legómenai aitíai),* los motivos inmediatos *(aitíai* en este caso) frente a la verdadera causa (expresada aquí con el término *próphasis):* el motivo psicológico profundo, que no era otro que el temor que inspiraba a los lacedemonios el poderío de Atenas. Por un lado, las cuestiones de Corcira y Potidea (cf. *infra,* I 24-66), con la breve referencia al decreto contra Mégara (cf. *infra,* I 67, 4); por el otro, el extraordinario crecimiento del poder de Atenas (cf. *infra,* I 89-117). El término *próphasis,* sin embargo, utilizado en este pasaje para referirse a la «causa profunda», tiene con mayor frecuencia el valor de «pretexto» (opuesto a menudo a *aitía,* «causa»), sentido con el que suele emplearlo Tucídides a partir del libro III (cf. P. HUART, *Le vocabulaire*

menos se manifiesta en las declaraciones [168], pienso que la constituye el hecho de que los atenienses al hacerse poderosos e inspirar miedo a los lacedemonios les obligaron a luchar. Pero las razones declaradas públicamente, por las cuales rompieron el tratado y entraron en guerra, fueron las siguientes por parte de cada bando.

CONFLICTO DE CORCIRA

Epidamno [169] es una ciudad situada a la derecha para 24
el que entra en el golfo Jonio [170]. Vecinos suyos son los

de l'analyse psychologique dans l'oeuvre de Thucydide, París, 1968, pág. 259; sobre el doble valor de *próphasis,* cf. K. WEIDAUER, *op. cit.,* pág. 14).

[168] La idea del temor inspirado por la expansión de Atenas no era nueva (cf. nota anterior) y estaba presente en discursos y comentarios. Sin embargo, la *próphasis* no se sacaba a relucir en las embajadas (cf. *infra,* I 126, 1-2; 139, 1-3), en las que se esgrimían las *aitíai;* la causa más verdadera era la menos aparente en las declaraciones, y también debía aparecer menos que las *aitíai* en los comentarios populares. Atenas, además, no confesaría que su propia expansión fuera la causa de la guerra.

[169] Luego la romana *Dyrrachium* y hoy Durrës, puerto de Albania central cercano a Tirana (en italiano, Durazzo). En tiempos de Roma y Bizancio también fue un enclave muy importante; además de su importancia en las comunicaciones marítimas, salía de allí la *via Egnatia,* que, a través de Iliria, se dirigía a Tesalónica y a Bizancio. Cf. ESTRABÓN, VII 7, 4.

[170] El Adriático. Obsérvese, por otra parte, la descripción desde el punto de vista del navegante: *pólis en dexiâi espléonti es tòn Iónion kólpon,* una característica del estilo de las *periēgēseis* o guías geográficas. Cf. *infra,* n. 279.

68 *Discurso de los corintios*

«La buena fe que preside vuestras relaciones interiores, tanto públicas como privadas, os hace, lacedemonios, más incrédulos respecto a los de fuera cuando formulamos alguna acusación[384]; y si por un lado probáis vuestro buen sentido, en los asuntos exteriores adolecéis más bien de
2 falta de agudeza[385]. Muchas veces, en efecto, os hemos advertido sobre los daños que iban a ocasionarnos los atenienses, pero vosotros nunca habéis prestado atención a nuestras informaciones; preferíais sospechar de quienes formulaban la acusación suponiendo que os hablaban movidos por sus intereses particulares; y por esta razón, no antes de sufrir daños, sino cuando ya estamos ante hechos consumados, habéis convocado a los aliados aquí presentes, entre los que nos corresponde a nosotros más que a nadie tomar la palabra, tanto más cuanto tenemos los motivos de queja más graves, puesto que los atenienses nos injurian y vosotros nos abandonáis.

3 Si los atenienses cometieran sus agresiones contra Grecia de alguna forma encubierta, sería preciso que se os diera información como a gente que no está al corriente; pero ahora, ¿qué necesidad hay de largos discursos cuando

[384] *Apistotérous es toùs állous ēn ti légōmen.* De este pasaje se dan dos interpretaciones: «más incrédulos respecto a los de fuera cuando formulamos alguna acusación» o «más incrédulos cuando formulamos alguna acusación contra terceros». Nos inclinamos por la primera, entre otras razones, por considerar que *apistotérous es toùs állous* está en correspondencia con *tò pistòn tês kath' hymâs autoùs politeías kaì homilías,* «la buena fe que preside vuestras relaciones interiores, tanto públicas como privadas».

[385] Cf. *infra,* I 69, 3.

veis que a unos[386] los tienen sometidos y que tienden asechanzas contra otros[387], principalmente contra nuestros aliados, y que están preparados desde hace mucho tiempo por si se da el caso de que han de entrar en guerra? Si 4
no fuese así, no nos habrían robado Corcira ni la retendrían contra nuestra voluntad, ni estarían asediando Potidea. De ellas, ésta es la plaza mejor situada para utilizarla como base de operaciones en la costa de Tracia, y aquélla habría proporcionado a los peloponesios la flota más importante.

Y de esta situación vosotros sois los responsables, al 69
haberles permitido primero fortificar su ciudad[388] después de las Guerras Médicas, y construir luego los Muros Largos[389]; vosotros, que hasta hoy siempre habéis ido defrau-

[386] Probablemente referido a los aliados súbditos de Atenas en general (cf. *supra,* I 19) y no a los eginetas en particular.

[387] Contra otros estados y especialmente contra Mégara y los estados griegos del noroeste, amenazados por la alianza ateniense con Corcira; tal vez también se alude a Egina, y podría pensarse, asimismo, en Potidea, a pesar de que no era aliada de los peloponesios; estaba unida, sin embargo, a los corintios por lazos coloniales.

[388] Cf. *infra,* I 90-92.

[389] Cf. *infra,* I 107, 1; 108, 3; II 13, 6-7, donde se da su longitud. Los Muros Largos unían Atenas con su puerto principal, el Pireo, y otro muro la unía con el Falero, su segundo puerto. La construcción del Muro Largo del Norte y del Muro del Falero debió de realizarse entre los años 459 y 456 a. C., y la del Muro Largo del Sur, que se levantaba entre los dos anteriores, paralelo y a unos 170 m del otro Muro Largo, se realizó hacia el 445 a. C. (cf. ANDÓCIDES, III 7; ESQUINES, II 174). Este sistema de muros que unían las murallas de la ciudad a sus puertos hacía a Atenas inexpugnable; sus recursos estaban asegurados debido a su dominio del mar. Fueron un presupuesto básico en la estrategia de Pericles para la Guerra del Peloponeso. El espacio comprendido entre los muros acogió además a la población, que al estallar la guerra se trasladó del campo a la ciudad (cf. *infra,* II 17, 3).

dando de su libertad no sólo a las víctimas de su opresión
sino también a vuestros aliados, pues no es el opresor el
auténtico responsable de la opresión, sino el que, pudien-
do evitarla, se desentiende, incluso si goza de una fama
2 de virtud como libertador de Grecia[390]. A duras penas he-
mos conseguido ahora reunirnos, pero ni siquiera ahora
tenemos objetivos claros. Pues ya no deberíamos conside-
rar si sufrimos injusticia, sino de qué modo nos defende-
remos, porque quienes, tras tomar una decisión, pasan a
la acción se dirigen sin vacilar contra aquellos que todavía
3 no se han determinado[391]. Conocemos el camino por el
que marchan los atenienses y sabemos que avanzan contra
sus vecinos paso a paso. Ahora, mientras se creen inad-
vertidos debido a vuestra falta de perspicacia, muestran
menos audacia, pero cuando sepan que vosotros estáis en-
terados y que no prestáis ninguna atención, presionarán
4 con fuerza. Vosotros, lacedemonios, sois los únicos grie-
gos que no os movilizáis; os defendéis de los ataques, no
con vuestras fuerzas, sino con intenciones[392]; y sois los
únicos que no cortáis el crecimiento de vuestros enemigos
5 cuando comienza, sino cuando se duplica[393]. ¡Y pensar

390 Tanto por capitanear a los griegos en su lucha contra Persia (cf. *supra,* I 18, 2) como por su contribución al derrocamiento de las tiranías *(supra,* I 18, 1). Sobre su fama de libertadores de Grecia, cf. también *infra,* II 8, 4.

391 Pasaje de sentido general que constituye una clara alusión a los atenienses, que se deciden y actúan, en oposición a los espartanos, a quienes cuesta tomar una determinación.

392 Acerca de las indecisiones, aplazamientos y contemporizaciones de Esparta, cf., además de este pasaje (69, 2, 4), *infra,* I 70, 4; 71, 1; 84, 1.

393 Posible alusión a lo que significa para Atenas la alianza de Corcira, con la unión de sus dos flotas.

que se os consideraba seguros! Vuestra fama, sin duda,
era superior a la realidad. Bien sabemos que el Medo[394]
pudo llegar desde los confines de la tierra hasta el Pelo-
poneso antes que vosotros le salierais convenientemente al
encuentro; y ahora no prestáis atención a los atenienses,
que no están lejos, como aquél, sino cerca, y en lugar de
atacarlos vosotros preferís defenderos de su ataque y po-
neros en manos de la fortuna luchando contra enemigos
que serán mucho más poderosos; y eso sabiendo que los
bárbaros han sido responsables casi siempre de sus propias
derrotas[395], y que frente a los mismos atenienses nos-
otros[396] ya hemos tenido no pocos éxitos más por sus
errores que por vuestra ayuda[397]; pues es evidente que las
esperanzas puestas en vosotros ya han sido causa de la
ruina de algunos que por confiar estaban desprevenidos[398].
Y que ninguno de vosotros crea que decimos esto por ene- 6
mistad, sino como reproche, pues el reproche se dirige a
los amigos que se equivocan, y la acusación a los enemi-
gos culpables de injusticia[399].

394 Se refiere a la expedición de Jerjes en el 480 a. C. En diversas ocasiones se utiliza el término «el Medo» para referirse al rey de Persia.

395 Probable alusión al error persa de Salamina; su flota cayó en la trampa al penetrar en el estrecho entre la isla de Salamina y el Ática; de nada le sirvió su superioridad numérica al ser atacada por los dos flancos y rodeada por la flota griega en un espacio reducido donde no podía maniobrar. Cf. *infra,* I 74, 1.

396 Los miembros de la Liga del Peloponeso.

397 Así, en el caso de la batalla de Coronea (447 a. C.). Esparta podía replicar que su política de esperar a los errores del enemigo no daba mal resultado.

398 Alusión a casos como el de Tasos (cf. *infra,* I 101, 1-3), el de Eubea (I, 114) y el de Potidea (cf. *supra,* I 58, 1; *infra,* I 71, 4).

399 Un ejemplo de precisión y distinción de sinónimos a la manera de Pródico. Tucídides suele valerse de este procedimiento con oportuni-

70 Además, si alguien tiene derecho a dirigir su crítica contra otros, pensamos que somos nosotros, sobre todo cuando están en juego grandes intereses de cuya importancia, por lo que parece, no os dais cuenta, como tampoco parece que hayáis reflexionado nunca sobre cómo son los atenienses, contra los cuales sostendréis la lucha, ni sobre
2 cuán absolutamente diferentes son de vosotros. Ellos son innovadores[400], resueltos en la concepción y ejecución de sus proyectos[401]; vosotros tendéis a dejar las cosas como están, a no decidir nada y a no llevar a cabo ni siquiera
3 lo necesario[402]. Además, ellos son audaces hasta más allá de sus fuerzas, arriesgados por encima de toda reflexión, y esperanzados[403] en medio de los peligros; lo vuestro, en cambio, es actuar por debajo de vuestras fuerzas, descon-

dad y eficacia. Aquí el término *aitía* tiene el sentido de «reconvención», de «reproche amistoso», y se opone a *échthra,* «enemistad», y a *katēgoría,* la «acusación» que proviene de la enemistad o sentimiento de hostilidad y se dirige contra enemigos culpables.

400 *Neōteropoioí:* El espíritu amante de novedades se traducía, en las relaciones interestatales, en una política de intervención y agresiva (cf. *infra,* VI 18, 6-7; 87, 3).

401 De forma muy diferente los ve Cleón (cf. *infra,* III 38, 4-7). Cf., asimismo, sobre el binomio proyecto, palabra - acción, acerca de la acción frente a los discursos y a las votaciones, DEMÓSTENES, III 15.

402 Existía la idea de que cada pueblo tenía su propia idiosincrasia, que explicaba su destino particular. Atenas se caracterizaba por su espíritu emprendedor y por su afán imperialista, por su *polypragmosýnē;* se mantenía constantemente en acción, en una acción que, como en la tragedia, determinaría finalmente su propia ruina. Esparta, su oponente, era la potencia tradicional, enemiga de aventuras y novedades, lenta y reacia a ponerse en movimiento, pero difícil de detener una vez que se había decidido a actuar.

403 Se debe a Croiset la observación de que uno de los dos héroes de las *Aves* de Aristófanes se llama precisamente Evélpides *(Euelpídēs),* «el esperanzado».

fiar de la seguridad de vuestras reflexiones, y pensar que nunca os veréis libres de peligros. Ellos son decididos y 4
vosotros vacilantes, y son aficionados a salir de su país, mientras que vosotros estáis apegados a la tierra: ellos creen que con su ausencia pueden lograr alguna ganancia, y vosotros que con una expedición perderíais incluso lo que ya tenéis. Cuando vencen al enemigo, avanzan lo más 5
posible; vencidos, son los que menos retroceden. Y entre- 6
gan sus cuerpos al servicio de su patria como si no fueran suyos, mientras que disponen de la absoluta propiedad de su mente[404], también para actuar en su servicio. Si no al- 7
canzan el objetivo previsto, piensan que han perdido algo propio, pero cuando en una expedición consiguen la propiedad de algún territorio, lo consideran un pequeño logro en comparación con lo que esperan obtener en el futuro; y si fracasan en alguna tentativa, compensan su frustración con nuevas esperanzas, pues son los únicos para quienes tener y esperar lo que se han propuesto es la misma cosa gracias a la rapidez con que ejecutan sus proyectos. En todo este quehacer se afanan durante toda su vida en 8
medio de dificultades y peligros, y disfrutan muy poco de lo que tienen debido a que siempre siguen adquiriendo[405] y a que consideran que no hay otra fiesta[406] que la del cumplimiento del deber, y que una tranquilidad ociosa es mayor adversidad que una actividad en medio de dificul-

404 Pericles expone la misma idea de forma más amplia y precisa en el discurso fúnebre. Cf. *infra,* II 37, 1-2; 40, 2, y 41, 1.

405 Es ésta una visión del espíritu emprendedor de los atenienses visto por sus enemigos; conviene compararla y contrastarla con la de Pericles en el discurso fúnebre (cf. *infra,* II 38-39). Dos visiones distintas de la actividad ateniense.

406 La fiesta de la satisfacción del deber cumplido.

9 tades[407]. En consecuencia, si alguien dijera resumiendo
que han nacido para no tener tranquilidad ellos mismos
y para no dejar que los otros la tengan, diría la verdad.
71 Enfrente de una ciudad como ésta, vosotros, lacedemo-
nios, seguís vacilando sin pensar que la tranquilidad es
más duradera para aquellos hombres que practican la jus-
ticia ocupándose de su armamento, y que, con su actitud,
dejan claro que, si sufren una agresión, no la tolerarán;
vuestro ejercicio de la justicia, por el contrario, se basa
en el principio de no lesionar a los otros y no sufrir nin-
2 gún daño permaneciendo a la defensiva. Este objetivo ape-
nas lo alcanzaríais si vivierais cerca de una ciudad seme-
jante a la vuestra; pero en la situación presente, como os
acabamos de demostrar, vuestra política resulta anticuada
3 en comparación con la suya. Y necesariamente, al igual
que pasa en las técnicas, las novedades siempre se impo-
nen[408]. Para una ciudad que vive tranquila[409], lo mejor
es la estabilidad de las costumbres[410], pero a quienes se
ven forzados a enfrentarse a muchas situaciones les hace
falta también mucha imaginación. Ésta es la razón por la

[407] Véase asimismo, acerca de la mentalidad ateniense, el último discurso de Pericles (cf. *infra,* II 60; 62-63) y el de Alcibíades cuando exhorta a los atenienses a la expedición a Sicilia (cf. *infra,* VI 16-18). Curiosamente, un siglo más tarde, como observa A. W. GOMME (cf. *op. cit.* I, pág. 232), Demóstenes dirá las mismas cosas de Filipo, en contraposición a los atenienses, que las que aquí dicen los corintios respecto a los atenienses en contraste con los lacedemonios (cf. DEMÓSTENES, I 14-15; II 23; IV 5-7; 42).

[408] Un pasaje ilustrativo de la fe en el progreso.

[409] Cf. EURÍPIDES, *Suplicantes* 324-325; el discurso de Pericles (cf. *infra,* II 63, 3) y el de Alcibíades (cf. *infra,* VI 18, 7).

[410] Sobre el tema de la estabilidad de costumbres y de leyes y sobre la oportunidad de cambiar de leyes, cf. *infra,* III 37, 3; VI 18, 7; ARISTÓTELES, *Política* II 8, 1268b-1269a, 26 ss.

que la política de los atenienses, debido a su extensa ex-
periencia, se ha modernizado mucho más que la vuestra.
Termine, pues, aquí mismo vuestra lentitud; ayudad 4
ahora a los potideatas y a los demás, como prometis-
teis[411]; invadid el Ática enseguida a fin de no dejar en
manos de sus peores enemigos a hombres que son amigos
y parientes vuestros, y de no obligarnos a nosotros, los
demás pueblos, a volvernos, en nuestro descorazonamien-
to, hacia cualquier otra alianza[412]. Si tal hiciéramos, no 5
cometeríamos ninguna injusticia ni ante los dioses testigos
de nuestros juramentos, ni ante los hombres conscientes
de la situación; pues no rompen un tratado[413] quienes se
pasan a otros debido a su indefensión, sino quienes no
prestan ayuda a los aliados a los que han jurado defen-
der. Pero si estáis dispuestos a ser animosos, nosotros per- 6
maneceremos, pues, si cambiáramos, no actuaríamos de
acuerdo con las leyes divinas, ni podríamos encontrar otros
aliados más afines. Meditad bien sobre esto y procurad 7
que el Peloponeso[414] no sea, bajo vuestra hegemonía, me-
nos importante que el que os dejaron vuestros padres.»
Así hablaron los corintios. Una embajada ateniense se 72
encontraba precisamente en Esparta desde hacía unos días
para discutir otros asuntos, y cuando se enteraron de los
discursos, resolvieron que debían presentarse ante la asam-
blea de los lacedemonios y, sin pretender defenderse de

[411] Cf. *supra,* I 58, 1.

[412] Probable alusión a una alianza con Argos, como observa el escoliasta. Corinto, descontenta con Esparta, se alió efectivamente con Argos después de la paz de Nicias del 421 a. C. (cf. *infra,* V 27-31).

[413] Cf. *infra,* I 123, 2.

[414] En algunos casos, *Pelopónnesos* es más que un término geográfico. Cf. T. WICK, «The meaning of *Pelopónnesos* in Tucydides», *Classical Philology* 73 (1978), 45-47.

ninguna de las acusaciones que formulaban las ciudades, hacer ver que no les convenía una deliberación apresurada sobre la cuestión en su conjunto, sino que debían examinarla más detalladamente. Querían, al mismo tiempo, destacar la importancia del poderío de su ciudad, y recordar a los viejos lo que ya sabían e informar a los jóvenes sobre hechos que no habían vivido[415]; pensaban que gracias a sus palabras se inclinarían a la paz más que a la
2 guerra. Se personaron, pues, ante los lacedemonios y les dijeron que ellos también querían dirigir la palabra a su asamblea, si no había ningún inconveniente. Aquéllos les invitaron a comparecer y los atenienses se presentaron y dijeron lo siguiente:

73 *Discurso de los atenienses*

«La misión de nuestra embajada no era el debate con vuestros aliados, sino la negociación para la que nuestra ciudad nos envió; pero al enterarnos de que un considerable clamor se había levantado contra nosotros, nos hemos presentado, no para replicar a las acusaciones de las ciudades (puesto que vosotros no sois los jueces ante quienes nuestros alegatos y los suyos pueden ser expuestos), sino para evitar que, fácilmente convencidos por vuestros aliados en cuestiones trascendentales, toméis una decisión menos acertada. Queremos, además, dejar claro, a propósito de toda la cuestión suscitada respecto a nosotros, que no tenemos nuestras posesiones indebidamente, y que nuestra ciudad es digna de consideración.

2 ¿Para qué hablar de hechos muy antiguos, atestiguados por los relatos a los que se presta oído más que por la

[415] Se refiere a las Guerras Médicas y al importante papel que en ellas tuvo Atenas (cf. *infra,* I 73-75).

vista del auditorio? En cambio, de las Guerras Médicas y de hechos que vosotros mismos conocéis, aunque pueda resultar un tanto enojoso que los aduzcamos siempre como argumento, es preciso que hablemos. Pues lo cierto es que, en el curso de aquellas acciones, se corrió un riesgo para prestar un servicio, y si vosotros participasteis de los efectos de ese servicio, nosotros no debemos ser privados de toda posibilidad de hablar de ello, si nos resulta útil. Nuestro discurso no será tanto un discurso de justifi- 3
cación como de testimonio y de aclaración, para que os deis cuenta de contra qué ciudad tendrá lugar la contienda si no deliberáis bien. Afirmamos, ciertamente, que en Ma- 4
ratón nosotros solos afrontamos el peligro ante los bárbaros[416], y que cuando más tarde volvieron, al no poder defendernos por tierra, nos embarcamos con todo el pueblo en las naves[417] y participamos en la batalla de Salamina; esto fue, precisamente, lo que impidió que aquéllos atacaran por mar y saquearan, ciudad tras ciudad, el Peloponeso, pues no hubiera sido posible una ayuda mutua contra tantas naves[418]. Y la mayor prueba de esto la die- 5

[416] HERÓDOTO, VI 108, 1, nos dice que los plateos combatieron al lado de los atenienses con todos sus efectivos. En este pasaje de Tucídides, sin embargo, los atenienses se atribuyen todo el mérito de la victoria, igual que lo hacían en HERÓDOTO, IX 27, 5. Pero lo más sorprendente es que los mismos plateos en su propia apología (cf. *infra,* III 54, 3-4) olvidan su intervención.

[417] La decisión de los atenienses de embarcar en las naves y combatir a los persas por mar es recordada frecuentemente y con orgullo como símbolo de la vocación marinera de Atenas. Cf. *supra,* I 18, 2; *infra,* I 74, 1-2; 4; 91, 5; 93, 6. Fue un episodio crucial en la historia de Atenas y de Grecia.

[418] También Heródoto considera decisiva la victoria de Salamina. Cf. HERÓDOTO, VII 139, donde encontramos la misma idea y argumentos semejantes respecto al papel decisivo de los atenienses.

ron los mismos bárbaros: al ser vencidos por mar, consideraron que sus fuerzas ya no eran iguales y se retiraron a toda prisa con el grueso de su ejército[419].

74 Así fue, sin duda, cómo ocurrieron estos hechos, en los que se demostró claramente que la suerte de los griegos dependía de las naves; y nosotros contribuimos a ello con los tres factores más útiles: el mayor número de naves, el general más inteligente y el ardor más decidido: las naves, en poco menos de las dos terceras partes de un total de cuatrocientas[420]; Temístocles[421] como jefe, que fue el principal artífice de que la batalla naval se librara en el estrecho (lo que, sin duda alguna, salvó la situación), y precisamente por esta razón vosotros mismos lo honrasteis más que a cualquier otro extranjero que os ha-

[419] Una parte del ejército persa quedó en Grecia a las órdenes de Mardonio y fue vencida en la batalla de Platea. Cf. HERÓDOTO, VIII 113-114; IX 58 ss.

[420] HERÓDOTO, VIII 48, da un número total de 378 naves (que asciende a 380 en VIII 82), excluyendo los pentecónteros, cuyo número no se precisa; las naves atenienses, según el mismo HERÓDOTO (VIII 61, 2), eran 200 (180 en VIII 44), es decir, «poco menos de las dos terceras partes» en un cálculo un tanto forzado. El número 400 que nos dan los manuscritos de Tucídides es, pues, la cifra de Heródoto redondeada. Algunos, sin embargo, prefieren efectuar una corrección y dan el total de 300, total tradicional según otras fuentes (cf. ESQUILO, *Persas* 338; DEMÓSTENES, XVIII 238). Es el total, asimismo, que dan los *recentiores* del manuscrito G, y con él las doscientas naves atenienses constituían efectivamente los dos tercios. Sin embargo, estas cantidades pueden ser un tanto convencionales (cf. ISÓCRATES, IV 107, donde se dice que, en tiempos del Imperio, Atenas tenía dos veces más barcos que todo el resto de Grecia). La corrección del numeral es probablemente innecesaria. Sobre la cuestión, cf. C. R. RUBINCAM, «Thucydides 1. 74. 1 and the use of *es* with numerals», *Classical Philology* 74 (1979), 327-337.

[421] Cf. *supra*, I 14, 3.

ya visitado[422]; y en cuanto al ardor, el más audaz con 2
mucha diferencia lo mostramos nosotros, que, cuando nadie acudía en nuestra ayuda por tierra, estando ya sometidos los otros pueblos hasta nuestra frontera, nos consideramos en el deber de abandonar nuestra ciudad y entregar nuestros bienes a la ruina, y no traicionar, en aquellas circunstancias, la causa de los aliados que quedaban ni resultar inútiles dispersándonos, sino embarcarnos[423] y afrontar el peligro sin irritarnos porque no nos hubierais ayudado antes. Afirmamos, por tanto, que el servicio que 3
os prestamos no fue menor que el que nosotros recibimos. Vosotros, en efecto, desde ciudades habitadas, y para poder seguir habitándolas en el futuro, acudisteis en nuestra ayuda una vez que empezasteis a temer por vosotros mismos más que por nosotros (lo cierto es que, cuando todavía estábamos indemnes, no comparecisteis); nosotros, en cambio, partimos de una ciudad que ya no lo era, y afrontando el peligro por ella cuando sus esperanzas eran exiguas, contribuimos a vuestra salvación salvándonos a nosotros mismos. Pero si nosotros hubiésemos comenzado 4
por pasarnos al Medo, temiendo, como hicieron otros[424], por nuestro país, o si, después, por considerarnos perdidos, no nos hubiésemos atrevido a embarcarnos en las naves, ya no hubiera servido de nada que vosotros, sin tener naves suficientes, hubierais entablado una batalla naval, sino que la situación hubiera evolucionado tranquilamente según los deseos del Medo.

[422] Cf. HERÓDOTO, VIII 124, 2-3. Después de recibir otros honores, al partir de Esparta fue acompañado, hasta la frontera de Tegea, por una escolta de 300 hombres. Cf. también PLUTARCO, *Temístocles* 17, 3.

[423] Cf. *supra*, n. 416.

[424] Cf. HERÓDOTO, VII 131-132; 138; 148-152.

75 ¿Acaso no merecemos, lacedemonios, en atención al ardor de entonces y a la inteligencia de nuestra decisión, que no se nos mire por parte de los griegos con un resen-
2 timiento tan excesivo por el imperio que poseemos? En realidad, este imperio no lo hemos de agradecer a la fuerza, sino a que vosotros no quisisteis proseguir[425] la lucha contra los restos del ejército bárbaro, y a que los aliados acudieron a nosotros y libremente nos pidieron que tomá-
3 ramos el mando[426]. Y por el mismo ejercicio del mando nos vimos obligados desde un principio a llevar el imperio a la situación actual, primero por temor[427], luego por ho-
4 nor, y finalmente por interés[428]; y una vez que ya éramos

425 Cf. *infra,* I 95, 7; 96, 1.

426 Cf. *infra,* I 95, 1-4.

427 A una posible reacción de los persas, en una primera fase, y luego a los súbditos-aliados (cf. *infra,* 75, 4) y a todo lo que supusiese un peligro para la seguridad de Atenas (cf. *infra,* II 63, 1-2).

428 La contradicción entre principios y valores democráticos e imperialismo debía de ser sentida en Atenas de forma semejante a la que se haya podido sentir modernamente en alguna gran potencia. Pero frente a la contradicción y a cualquier reproche o sentimiento de culpabilidad surgía una justificación: Atenas no era responsable; no habían adquirido la hegemonía por la fuerza, sino que les había sido ofrecida, y una vez que ya estaban en aquella situación hegemónica, el temor, el honor y el interés les había llevado al imperio. Pero, a pesar de ello, respetaban la justicia (cf. *infra,* I 76, 3) en mayor medida de lo que su situación de poder les obligaba y su moderación era mayor que la que otros mostrarían en su lugar (cf. *infra,* I 76, 4; 77, 2). Aun reconociendo el derecho del más fuerte (cf. *infra,* V 89), recurrían a la justicia más que a la fuerza. Existía, por otra parte, ligado al espíritu emprendedor de los atenienses, un sentimiento de orgullo y un afán por extender sus ideales, que conectaba con una política expansionista, política que sustentaba los programas de la democracia, ya que los recursos dependían del desarrollo del imperio. La mayor parte del *dêmos* ateniense conciliaba así el imperialismo con los valores democráticos; la tolerancia y la libertad (cf. *in-*

odiados por la mayoría, y que algunos ya habían sido sometidos después de haberse sublevado[429], y que vosotros ya no erais nuestros amigos como antes, sino que os mostrabais suspicaces y hostiles[430], no parecía seguro correr el riesgo de aflojar (pues, indudablemente, se hubieran producido sublevaciones para pasarse a vosotros). Dis- 5
poner bien de los propios intereses cuando uno se enfrenta a los mayores peligros no puede provocar el resentimiento de nadie.

En todo caso, vosotros mismos, lacedemonios, ejercéis 76
vuestra hegemonía sobre las ciudades del Peloponeso[431] dirigiendo su política de acuerdo con vuestros intereses[432]; y si entonces, prosiguiendo hasta el fin, hubierais suscitado odios en el ejercicio de vuestra hegemonía, como en nuestro caso, estamos convencidos de que vosotros no hubierais sido para los aliados menos molestos que nosotros y de que os hubierais visto obligados o a ejercer el mando con firmeza o a poneros en peligro vosotros mismos. Así, 2
pues, nosotros no hemos hecho nada extraordinario ni ajeno a la naturaleza humana si hemos aceptado un imperio que se nos entregaba y no hemos renunciado a él, sometiéndonos a los tres motivos más poderosos: el honor, el

fra, II 37), con sus valores de *isonomía, isēgoría* y *koinonía,* esenciales en la vida interna de Atenas, eran conjugados con el ejercicio de autoridad sobre otros estados en aras de una libertad superior.

429 Alusión a tentativas como la de Naxos, obligada por Cimón a mantenerse dentro de la Liga de Delos (cf. *infra,* I 98, 4, n. 544), la de Tasos (cf. *infra,* I 101, 1-3) y la de Eubea (cf. *infra,* I 114, 1-3).

430 Los progresos de la confederación marítima ateniense suscitaron la desconfianza de Esparta hasta el punto de despedir a Cimón, que, con 4.000 hoplitas, había acudido a ayudar a Esparta contra los insurrectos mesenios (primavera del 462 a. C.).

431 Cf. *supra,* I 19.

432 Estableciendo oligarquías.

temor y el interés[433]; por otra parte, tampoco hemos sido
los primeros en tomar una iniciativa semejante, sino que
siempre ha prevalecido la ley de que el más débil sea opri-
mido por el más fuerte[434]; creemos, además, que somos
dignos de este imperio, y a vosotros así os lo parecíamos
hasta que ahora, calculando vuestros intereses, os ponéis
a invocar razones de justicia, razones que nunca ha puesto
por delante nadie que pudiera conseguir algo por la fuerza
3 para dejar de acrecentar sus posesiones. Y son dignos de
elogio quienes, aun obedeciendo a la humana naturaleza
de dominar sobre otros, son más justos de lo que corres-
4 ponde al poder que está en sus manos. En todo caso,
creemos que si otros ocuparan nuestro sitio, harían ver
perfectamente lo moderados que somos; sin embargo, por

[433] Estas tres categorías, *fear, profit* y *honour,* aparecen de nuevo en el *Leviathan* (cf. I 13) de Hobbes, traductor de Tucídides (cf. *supra,* nn. 152 y 156). Sobre las influencias de Tucídides en Hobbes, cf. A. BERSANO, «Per le fonti di Hobbes», *Rivista di Filosofia e Scienze affini* 10 (1908), 7 ss.; R. SCHLATTER, «Thomas Hobbes and Thucydides», *Journal of the History of Ideas* 6 (1945), 357-361.

[434] Después de justificar el desarrollo de su imperio por diversas razones históricas, los atenienses fundamentan su actuación en un principio general, el derecho natural del más fuerte a actuar según su voluntad. Aquí, en este discurso de autodefensa, aparece, pues, la primera manifestación sin ambages del imperialismo ateniense, que más adelante tendrá su exposición culminante en el famoso Diálogo de los Melios (cf. *infra,* V 85-113). Los débiles están destinados a someterse a la ley de los más fuertes, y quien tiene la fuerza a su disposición debe emplearla en su propio interés. Pero de la constatación del principio del derecho del más fuerte se pasa al análisis y elogio de la moderación ateniense, moderación que, paradójicamente, será la causa del descontento suscitado por el imperio. Y se finaliza con una advertencia a Esparta: si la hegemonía pasa a sus manos, con ella irá el descontento y la hostilidad del resto de Grecia. Para otra justificación del imperialismo, cf. *supra,* I 8, 3, n. 56.

esta misma moderación nos han tocado, contra toda razón, más críticas que elogios.

En efecto, nosotros, que nos amoldamos en los pro- 77
cesos dependientes de acuerdos[435] con nuestros aliados y
que en nuestros tribunales de Atenas vemos los pleitos de
acuerdo con leyes comunes[436], tenemos fama de picapleitos[437]. Y nadie se pregunta por qué no se hace este mis- 2

[435] Se ha discutido mucho sobre los acuerdos internacionales *(sýmbola* o *symbolaí)* que regulaban estos procesos *(symbólaiai díkai, symbolimaîai, díkai, díkai apò symbolôn),* procesos civiles por cuestiones surgidas entre ciudadanos de diversas ciudades que de común acuerdo habían regulado sus relaciones. Estos convenios garantizaban y reglamentaban la aplicación de la justicia a los ciudadanos de un estado que se encontraban en otro (cf. *supra,* I 37, 3, n. 248). Se referían sobre todo a relaciones comerciales. Cf. G. E. M. DE STE. CROIX, «Notes on jurisdiction in the Athenian empire», *The Classical Quarterly* 55 (1961), 94-112; 268-280.

[436] Y, por tanto, imparciales. Los atenienses recuerdan que administraban su imperio con la *isonomía,* no con la fuerza. Cf. D. MACDOWELL, *The Law in Classical Athens,* Ithaca, 1978, págs. 224-228. Algunos decretos, sin embargo, muestran cómo Atenas fue reduciendo la autonomía de sus aliados (cf. R. MEIGGS, D. LEWIS, *A Selection of Greek Historical Inscriptions,* Londres, 1975, 31, 40 y 46; T. J. GALPIN, «The democratic roots of athenian imperialism in the fifth century b. C.», *The Classical Journal* 79 (1983-1984), 100-109).

[437] Pasaje muy discutido y diversamente interpretado. El sentido general y el matiz de cada palabra en particular han sido objeto de controversia. La discusión se ha centrado sobre todo en los conceptos expresados en griego por los participios *elassoúmenoi* y *poiēsantes tàs kríseis,* sobre sus relaciones entre sí y respecto a la oración principal (sentido concesivo, causal...), y sobre el valor de las *symbólaiai díkai.* Classen y Stahl lo interpretan en el sentido de que los embajadores atenienses afirman que están en desventaja en sus litigios con los aliados autónomos, mientras que en los pleitos con los aliados súbditos las condiciones son de igualdad al someterse a leyes comunes. Según Steup, en el primer caso habría una referencia a los procesos que tenían lugar en las ciuda-

mo reproche a los que tienen un imperio en cualquier otra parte y son menos moderados que nosotros con sus súbditos; la razón es que quien puede utilizar la fuerza no tie-
3 ne ninguna necesidad de acudir a pleitos. Nuestros aliados, en cambio, habituados a tratar con nosotros de igual a igual, si, a causa de una decisión o de una medida de fuerza tomadas en el ejercicio de nuestro imperio, sufren, en contra de su idea de lo que es debido, alguna desventaja, por pequeña que sea, no sienten gratitud por no ser privados de la mayor parte de sus derechos, sino que están más disgustados por aquello que les falta que si desde

---

des aliadas y en el segundo se trataría de los celebrados en Atenas. Gomme está de acuerdo con ello, pero distingue dos momentos: en el primero los atenienses habrían aceptado que los pleitos entre atenienses y aliados se pudiesen celebrar en las ciudades aliadas, pero posteriormente, considerándose tratados injustamente, habrían trasladado la sede de aquellos procesos a Atenas, donde, sin embargo, en su afán de moderación, habrían determinado que las leyes fueran comunes para ellos y para los súbditos. Para esta interpretación ha de darse al *elassoúmenoi* un sentido de anterioridad respecto al *poiēsantes*. Con esta relación temporal no está de acuerdo Maddalena, que también se opone al matiz de «injusticia o inferioridad» que a veces se da al *elassoúmenoi;* sería algo contra natura que el fuerte aceptara «sufrir injusticia» o «estar en condiciones de inferioridad». El sentido del *elessoúmenoi* para Maddalena es el de «hacer uso de la fuerza en menor grado de lo que se podría», «comportarse con moderación». En esta línea y de acuerdo con el contexto, en el que los atenienses hacen gala de su moderación (cf. *supra,* n. 428 y 434), entendemos el pasaje; los atenienses, que se amoldan en los procesos dependientes de acuerdo con sus aliados, renunciando a la situación de superioridad que les da su fuerza, que se someten a leyes comunes incluso en Atenas, que actúan con moderación, en suma, tienen fama de litigiosos o picapleitos. Es decir, por un comportamiento positivo, que merecería el elogio y la buena fama, y a pesar de esta misma moderación, se han granjeado el reproche y la mala fama de litigiosos, lo que no les ocurre a otros estados imperialistas con menos miramientos.

un principio, desembarazándonos de la ley, hubiésemos ido abiertamente en pos de la ventaja. En tal caso ni siquiera ellos se hubieran opuesto con la pretensión de que el más débil no debe ceder ante el más fuerte. Los hom- 4
bres, al parecer, se irritan más cuando son tratados con injusticia que cuando son víctimas de la violencia, pues lo primero les parece el fraude de un igual, y lo segundo la imposición de un superior. Lo cierto es que el trato 5
del Medo fue peor, y lo soportaron[438]; pero nuestro imperio les parece duro, y es natural: el presente es siempre insoportable para los súbditos. En todo caso, si vosotros 6
nos vencierais y tomarais la dirección del imperio, rápidamente perderíais la simpatía que os habéis atraído gracias al miedo que nosotros inspiramos, si es que ahora seguís pensando de la misma forma que dejasteis ver durante el breve período en que tuvisteis el mando contra el Medo[439]. Pues las costumbres que tenéis en vuestro país os aíslan de los otros[440], y, además, cada vez que uno de vosotros sale del país no sigue ni estas costumbres ni las del resto de Grecia.

Deliberad, pues, con calma, pues no se trata de una 78
cuestión sin importancia; y, por hacer caso de opiniones y de quejas ajenas, no os impongáis una responsabilidad

---

438 Se alude especialmente a los griegos de Asia, que, sin embargo, habían intentado recuperar su libertad. Cf. HERÓDOTO, V 28 ss.; 98 ss.; VI 1 ss.

439 Alusión al comportamiento tiránico de Pausanias (cf. *infra,* I 95; 128, 3-130). Se insiste aquí en una idea ya apuntada en 76, 1 y 4.

440 Sobre la política de aislamiento espartana, cf. *infra,* I 95, 1-7; 130, 1-2; III 32, 2; 93, 3; V 52, 1; VIII 78; 83, 1-84, 5. Una excepción fue la de la actuación de Brásidas en Tracia, elogiada por TUCÍDIDES en IV 81, 2-3. Esta política aislacionista está en muchos momentos en contradicción con su imagen de libertadores de Grecia.

que será vuestra. Todo lo que una guerra tiene de incalculable consideradlo previamente, antes de entrar en ella;
2 pues, cuando se prolonga, tiende por lo general a evolucionar según las vicisitudes de la fortuna, de las que nos encontramos a igual distancia, y se afronta el riesgo en la ignorancia de por cuál de los dos bandos se decidirá
3 la suerte. Cuando los hombres entran en guerra, comienzan por la acción, lo que debería ser su último recurso, pero cuando se encuentran con la desgracia, entonces ya
4 recurren a las palabras. Nosotros, sin embargo, dado que nunca hemos caído en este error y que vemos que lo mismo os ocurre a vosotros, os exhortamos, en tanto que una decisión prudente todavía se ofrece a la libre elección de ambos, a no romper el tratado y a no violar los juramentos, y a resolver las diferencias por medio de un arbitraje, de acuerdo con lo estipulado en el tratado; si no, invocaremos el testimonio de los dioses protectores de los juramentos e intentaremos rechazar a los agresores siguiendo el camino por el que nos habréis guiado.»

79 Así hablaron los atenienses. Cuando los lacedemonios hubieron escuchado las acusaciones de sus aliados contra los atenienses y lo que dijeron los atenienses, los hicieron salir a todos y se pusieron a deliberar ellos solos sobre
2 la situación. Las opiniones de la mayoría coincidían: los atenienses ya eran culpables y se debía entrar en guerra cuanto antes; pero Arquidamo[441], el rey de los lacedemonios, que tenía fama de hombre inteligente y sensato, se adelantó y les habló de este modo:

Discurso de Arquidamo

«Yo mismo, lacedemonios, ya 80
tengo experiencia de muchas guerras[442], y veo entre vosotros a algunos que son de mi misma edad, razón suficiente para no desear la guerra por inexperiencia[443], como podría ocurrir a la mayoría, o por considerarla buena y segura. Descubriríais 2
que ésta sobre la que ahora deliberáis no sería de poca importancia, si se procediera a un cálculo sensato sobre ella. Frente a peloponesios y a los pueblos vecinos[444], 3
nuestra fuerza es muy semejante[445], y podemos llegar rápidamente a cualquier objetivo; pero contra unos hombres cuyo país está lejos[446], y que, además, son expertísimos marinos y están muy bien provistos de todo lo demás

441 Arquidamo II sucedió a su abuelo Leotíquidas, desterrado de Esparta hacia el 476 a. C. (cf. HERÓDOTO, VI 71-72) y muerto en el 469. Su muerte se sitúa hacia el 427 a. C., entre el verano del 428 (cf. *infra,* III 1, 1) y el del 426 (cf. *infra,* III 89, 1). Ha dado nombre a la primera fase de la Guerra del Peloponeso, desde su estallido en el 431 a. C. hasta la Paz de Nicias del 421 a. C. Cf. D. KAGAN, *The Archidamian War,* Londres, 1974.

442 Esta alusión a su experiencia y a su edad induce a pensar que en la fecha de este discurso (432 a. C.) Arquidamo era ya un anciano, que podía haber combatido en las Guerras Médicas. Sobre la alusión a su auditorio de edad avanzada, testigo de las guerras contra Persia, en el discurso de los atenienses, cf. *supra,* I 72, 1; 73, 2.

443 El escoliasta recuerda aquí el conocido dicho de Píndaro *glykỳs apeírōi pólemos* (fr. 110). Cf. *infra,* II 8, 1. La guerra, ciertamente, atrae al inexperto, pero la inexperiencia también puede provocar espanto ante la perspectiva de la guerra (cf. *infra,* I 81, 6).

444 Con la denominación de peloponesios se refiere a los miembros de la Liga del Peloponeso, mientras que los vecinos eran los estados cercanos no aliados, como era el caso de Argos. Cf. *supra,* n. 71.

445 Argumento realista de Arquidamo: Esparta no tenía rival por tierra frente a fuerzas que combatían con sus mismas armas, pero no estaba preparada para enfrentarse a una potencia marítima de unos recursos económicos superiores a los suyos.

446 Cercanos, en cambio, en comparación con los persas. Cf. *supra,* I 69, 5.